

DISCURSO EN HONOR DE GABRIELA MISTRAL

Por LUIS OYARZUN PEÑA

(Decano de la Facultad de Bellas Artes.)

“Señor Ministro de Educación, señor Rector de la Universidad de Chile, señores Ministros de Estado, Excmos. Sres. Embajadores y Ministros Plenipotenciarios, señores Parlamentarios, señores Decanos, señor Secretario General, señoras y señores:

La Universidad de Chile se honra hoy recibiendo a Gabriela Mistral, una de las encarnaciones más altas y puras de la humanidad americana. ¡Cuántas veces se oyeron, en esta Casa, abierta a todos los entusiasmos espirituales, voces que provenían de ella y que nos animaban a ennoblecer nuestras empresas, aun aquéllas aparentemente alejadas del cálido lenguaje de su poesía! ¡Cuántas veces, señora, nos habéis engrandecido! Anhelábamos, desde hace mucho, que llegara este instante privilegiado en que tenemos en medio de nosotros a quien ha sido, en tantas direcciones, espíritu inspirador de la República, para decirle algo de lo mucho que le debemos y para agregar un título que representa, para esta Universidad, la distinción máxima que ella confiere a hombres y mujeres ejemplares, a los incontables que Gabriela Mistral posee por derecho propio. Nada podríamos hacer que fuese, en verdad, válido, si nos limitáramos a la propagación y adelanto de las ciencias, prescindiendo de honrar y tener con nosotros el soplo creador que les da vida y que, desde las más hondas regiones del ser humano, alienta imprevisiblemente las creaciones del arte, del saber, de la técnica. No es posible educar para una vida superior, ni es posible estimular el libre conocimiento de los arcanos del mundo o los poderes inventivos de la mente, sin mantener comunicación con la universalidad del genio humano, que nos asegura que la existencia es más que un simple sueño que nada significa. Esta Universidad, como las otras, se reparte en muchos caminos diferentes que conducen a fines especiales, pero no sería fiel a sí misma si no quisiera mantener viva la fuente de donde todo mana: esa inspiración espiritual, esa fe, esa pasión y esa esperanza que irradian las grandes personalidades; esa fe, esa pasión y esa esperanza,

ese humanismo superior, que vos, señora, habéis concentrado tan admirablemente en obra y vida.

¿Cómo elegir entre todo lo que habéis hecho aquello que debiéramos aquí, en esta Casa, distinguir especialmente? Y, ¿cómo diferenciar eso mismo de lo que sois? Celebramos en vos, en verdad, mucho más que la creación de una poesía extraordinaria: nos inclinamos también ante una vida ardientemente vivida en tensión hacia las máximas alturas, una vida sufriente y gozosa que quiso transformar su dolor en alegría y su dicha en comunión entre los hombres. Admiramos en vos, señora, el haber sufrido sin que vuestro corazón se empequeñeciera, el haber confortado a las madres de nuestro idioma con la dádiva de un lenguaje para ellas y para el hijo que mecen en sus brazos; el haber acariciado a los niños, el haber mirado con piedad a los animales y a las plantas, el haber explorado con amor la naturaleza y la humanidad de América, el haber deleitado con la riqueza inagotable del mundo. Todo eso, y mucho más, admiramos. ¿Cómo limitar el vasto territorio de nuestro gozo?

Nuestro mundo americano, que es todavía el Nuevo Mundo, está haciéndose, lo estamos haciendo. Aún nos faltan —o nos faltaban— las grandes imágenes inspiradoras que mueven a los hombres y los forman, ésas que han hecho a los pueblos antiguos y modernos a semejanza de viejos, remotos, y, sin embargo, siempre vivos ideales de existencia que empujan hacia inaccesibles cumbres. Vos, señora, nos habéis dado una de esas imágenes primeras, un sistema del mundo, diríamos, o, mejor, una teogonía, como la de esos antiguos griegos, que hablaban del cielo, de la tierra y de la ascendencia de dioses enlazados oscuramente a la raza de los hombres. En el comienzo de nuestra historia, sin quererlo expresamente, habéis puesto en nuestros espíritus el único fervor capaz de hacer historia: ese hondo aliento de lo humano, que sólo proviene de quien ha podido ver las profundidades insondables

y las transparentes alturas de la vida. Y más aún: vuestra obra está tan cerca de vos misma. ¿Quién podrá decir que en el futuro no serán confundidas? Pues avanzáis con vuestro paso, que quisierais el más silencioso, "en batalla de sencillez", hacia tiempos que harán de todo lo que sois un mito, el bello mito de la nueva humanidad americana, sin fronteras, fiel a una vocación de humanismo que en esta Casa quisiéramos conservar siempre asociada a vuestro nombre. No habéis nacido ni venido para dividirnos, sino para unirnos en torno al ideal de una América pacífica que respeta a la persona humana. Felices los ojos que ahora os ven, porque ellos transmitirán la imagen que recogerán otros ojos más allá de nosotros, como fuente de elevación y consuelo.

Con vuestra poesía habéis descubierto lo nuestro. Habéis sido, como en vuestro poema, "la Cuenta-Mundos". No se os escaparon, a pesar de tantas cosas, ni siquiera las plantas de efímera flor, ni los animales ocultos en la serranía, ni las piedras que esperan el rocío de una mirada tierna de ser humano. Habéis hecho nuestro, para nosotros, nuestro cielo, el paso de las estaciones, el vuelo de los pájaros. Habéis querido nombrar en páginas ilustres lo que no tenía nombre sino en la oscura lengua de los pueblos, en campesinos, mineros, pescadores. Aun estando lejos, estuvisteis con ellos. Les habéis hablado cantando cosas simples, pero en ellas les dabais una vislumbre de esa eternidad que vuestra poesía encuentra tan naturalmente en el pan, en la sal, en la mesa doméstica, en el trabajo humano. Pocos han dicho tan bien como vos la dignidad de las faenas humildes y de su instrumento, noble entre todos: la mano del obrero de que hondamente hablasteis:

"Miradas de nadie, sabidas sólo de la tierra mágica . . .

.....

Todas duermen de materias y señales garabateadas.

Padre Zodíaco las toca con el Toro y la Balanza, y como, dormidas, siguen cavando o moliendo caña, Jesucristo las toma y retiene entre las suyas hasta el alba."

Esos trabajos de nuestros pueblos los habéis bendecido tanto que nada habréis echado más de menos en vuestro peregrinaje por el mundo que esa vida olvidada de todos los días en que el hombre y la mujer siguen el curso del sol, ahora como en tiempos remotos, todos ellos efímeros y, sin embargo, eternos para vuestra mirada amorosa.

Nos habéis alimentado, señora, sin querer deslumbrarnos, con una poesía que tiene la virtud de ennoblecer la vida cotidiana. Sin pretender fijar vuestra vista en nada excepcional, sino en lo que es el fondo común de todos, lograsteis el poder más extraño: hacer bello lo que nos rodea y más presente, más vivo para nosotros mismos, aquello que nos pertenece más: nuestro propio corazón.

A este mundo americano nuestro le disteis nombres y empezasteis a transformarlo en morada humana, pues sentíais que América era vuestra casa y que debía ser también casa nuestra. ¡Cuánto habéis acercado a nuestros pueblos, con armas, al parecer, más débiles que las de quienes nos separan, hablándonos de esta humanidad tierna y oculta que vive en nuestros grandes espacios! ¡Y cuánto habrá que agradecer siempre a quien cumplió un deber difícil de vida americana con tan pasmoso regocijo! El que una frágil mujer viera y viviera con amor la dureza de nuestro mundo para que ese mundo fuera tan nuestro como de ella misma es dádiva que no olvidaremos.

Tuvisteis siempre amor por la tierra y sus criaturas, e hicisteis aun de la estepa fría de la Patagonia una madre. Aun allí, en regiones que fueron por siglos el fin del mundo conocido, sentisteis que un amor parecido al del padre y de la madre rige las esferas. Aun allí supisteis que, después de todo, existe palabra de perdón y que no está solo en el páramo el corazón que se busca a sí mismo. Por eso esta tierra tan hurgada y cantada os devuelve, con su amor, el vuestro. He visto, en viaje que no olvidaré, cómo llegaban a saludaros los más humildes labriegos y sus hijos. Quien no tenía otra cosa que ofrecer, en las áridas colinas de la costa, os trajo un cabritillo. Otros venían con flores del campo recién cogidas de los cerros o con chirimoyas del valle de Aconcagua. Os traían lo que tenían y lo que tenían os lo daban, como vos misma disteis sufrimientos, éxtasis, batallas interiores, co-

municando lo vuestro con todo su dolor y su esperanza. Vimos entonces lo que acaso no veremos más: pueblo y tierra unidos en una misma primavera para recibirlos.

¿Cuál es, podríamos preguntarnos, el secreto de amor semejante? ¡Qué difícil es responder! Pero, ¿no habéis buscado siempre el centro de lo humano? ¿No habéis querido descubrir en el mundo hostil que nombrabais un mundo para el hombre? Quien haya leído vuestros poemas ha palpado vuestro sufrimiento, mas también ha sabido que el dolor profundo y profundamente aceptado, en batalla de rebeldía y alegría, transfigura al alma, como las altas presiones transmutan en noble materia a los elementos de la Naturaleza. Como no desconfiasteis de Dios, de esa Providencia que el hombre halla en el fondo escondido de sí mismo, pudisteis salvar el dolor más

grande, el amor por los hombres y la ternura por todo lo creado, y pudisteis dar sin ofender y recibir sin ruborizaros. Hicisteis vuestra a la tierra y comenzasteis a oír la voz innumerable de tanta cosa que no escuchamos, de tanto secreto amigo que nos solicita desde el vasto y desconocido mundo, para darnos un instante de dicha con su solo hallazgo. Alguna vez os sentisteis mortalmente sola, como si todos os hubieran abandonado para siempre, pero vuestra gran enseñanza está en que nos dijisteis que esa soledad no es nunca extrema, y que aun en la miseria del alma hay esperanza, si la vocación del Universo no es otra que ese Amor que habéis entrevisto, señora, en los cielos, en suelos fértiles y en áridos terrones, en la tempestad, en el ave que vuela, en árboles, bestezuelas y florecillas, ese amor de que habéis contagiado a tanto corazón humano.